

La pandemia y la urgencia de retorno al futuro: **dialéctica del desarrollo y pensamiento crítico ante la *gran reclusión***

ISAAC ENRÍQUEZ PÉREZ*

La *crisis epidemiológica global* se presenta ante la mirada atónita de las sociedades como un hecho social total de amplias proporciones estructurales, que se conjuga con —y a la vez acelera— la inédita y multidimensional crisis (des)civilizatoria del capitalismo contemporáneo. En medio de la *confusión epocal* y del maremágnum de acontecimientos históricos que acentúan la incertidumbre, cabe reflexionar sobre las aristas propias de la pandemia y la reconfiguración de la dialéctica desarrollo/subdesarrollo a la luz de sus múltiples impactos. Ello sin dejar de lado los desafíos que impone la *gran reclusión* al ejercicio del pensamiento crítico y las limitaciones que se le imponen en lo que podríamos denominar como la *era del desconcierto y el desencanto*.

Sienten la profunda necesidad de un calor que los una; sin embargo, no se abandonan a ella por la desconfianza que aleja a los unos de los otros. Todo lo que el hombre podía ganar en el juego de la peste y de la vida, eran el conocimiento y la memoria. Un calor de vida y una imagen de muerte: esto era el conocimiento. ...es verdaderamente fatigoso ser un apestado. Pero es aun más cansado no querer serlo. Es por eso que todo el mundo está cansado, porque todo el mundo, hoy, se encuentra un poco apestado. ¿Pero qué quiere decir la peste? Es la vida y nada más.

Albert Camus

Palabras iniciales sobre la *era de la incertidumbre* y un mundo asediado por la pandemia

Incertidumbre, desconcierto, caos, distopía y apocalipsis mediático configuran el signo de la *crisis epidemiológica global*; sin embargo, ello no es inédito, ni se ciñe al rumbo que adopta el fenómeno estrictamente sanitario que se cierne sobre las sociedades contemporáneas.

* Docente investigador, Universidad Nacional Autónoma de México

La condición postmoderna, de Jean-François Lyotard; *Todo lo sólido se desvanece en el aire* de Marshall Berman; *La metamorfosis de la cuestión social: una crónica del salariado*, de Robert Castel tras el fin de la sociedad salarial; *Sociedad de riesgo global*, de Ulrich Beck; *Modernidad líquida o tiempos líquidos*, de Zygmunt Bauman; entre otras, son nociones que las ciencias sociales introdujeron durante las últimas tres décadas para referirse a los rasgos de un mundo incierto, vertiginoso y expuesto a la celeridad de las transformaciones y a la impotencia de los Estados como macroestructuras institucionales incapaces de contener los efectos negativos de esos cambios radicalizados.

Lo inédito de la coyuntura del año 2020 es la conjugación de un mundo incierto —ataviado por el *síndrome del social-conformismo*— con una *gran reclusión* y con la intensificación de una *crisis sistémica y ecosocietal*. La pandemia de la COVID-19 no es un fenómeno aislado —aunque la *industria mediática de la mentira* se esmere por presentarla así—, sino que es un hecho social total (concepto éste introducido por Marcel Mauss, 1924 y 1950) que cimbra los cimientos del conjunto de las estructuras y sistemas sociales, y que se engarza con las contradicciones del capitalismo global y con la doble explotación que le subyace y sustenta: la de la fuerza de trabajo y la de la naturaleza, en tanto condición primera y fundamental de la vida humana. Lo inédito también de ésta *era de la incertidumbre* es la *transición hacia una sociedad de las vidas prescindibles* (pobres, ancianos, trabajadores manuales, enfermos, precariado).

En este contexto, es posible identificar una *crisis de sentido*, que remite a una especie de miedo al futuro, a una misantropía y a una resignación política e intelectual para imaginar y (re)crear escenarios alternativos de sociedad. De ahí que nos preguntemos lo siguiente: ¿de qué manera encara el pensamiento crítico la instauración de una *era post-factual*, signada por la incertidumbre, la imprevisibilidad y la exacerbación de la vulnerabilidad humana?

El carácter finito, fetichizado y regresivo del progreso

La modernidad europea subsumió lo divino y —a la par— entronizó a la razón como fundamento de la explicación y domesticación de la realidad. Esta racionalización del mundo no sólo fue antropocéntrica, sino también etnocéntrica y orientada a desplegar el conocimiento y la dominación del hombre sobre la naturaleza.

La razón moderna etnocéntrica fue, desde sus orígenes, virulenta en su *epistémica*: por un lado, Francis Bacon (1561-1626), a través del empirismo experimental inductivo, le dio forma a esta noción de dominio de la naturaleza desde la ciencia, perfilada ésta como una técnica dotada de instrumentos dados por esos experimentos. Por otro lado, con René Descartes (1596-1650), se introduce en el incipiente pensamiento científico un paradigma dotado de dualismo que separa —por considerarse distintos y opuestos— a la sociedad humana de la naturaleza, al cuerpo de la mente, al mundo físico del mundo social/espiritual. En ese sentido, el ser humano, al desplegar su capacidad cognitiva para conocer el mundo físico/natural, tenga como finalidad última dominar la naturaleza, apropiarse de sus frutos y afianzar su supuesta superioridad antropocéntrica. La obsesión por las certezas y lo previsible es incorporada por Isaac Newton (1642-1727) al trazar —casi teológicamente— un eterno presente y una correspondencia entre pasado y futuro, de tal suerte que la misión de la ciencia radicaba en la estandarización de leyes naturales universales, independientemente de los matices y las especificidades del tiempo y el espacio.

La ideología que —a lo largo del siglo XIX— le dio sentido al *ocaso de los dioses* y a la génesis y expansión del capitalismo, fue la del progreso. Concebido como un *continuum*, dotado de un carácter unilineal, inevitable, predecible, ascendente, acumulativo, ilimitado, universal y fetichizado, el progreso conformó una fe en el perfeccionamiento humano gradual hasta alcanzar la plenitud, así como en la construcción de soluciones a través de la domesticación de la naturaleza. Las sociedades —europeas, principalmente— que adoptaron esta fe, asumieron un excepcionalísimo y superioridad que les distingue del resto que, por contraste, se mantienen en el atraso.

La ilusión del progreso, en su incesante marcha a lo largo de dos siglos, tomó la mano de la arrogancia individualista y la autocomplacencia ante la instauración de una racionalidad acumulativa y ante los logros evolutivos alcanzados. Sin embargo, con la pandemia, el axioma dogmático del progreso fue dinamitado y eclipsado, al tiempo que aflora la vulnerabilidad y gesta un nuevo advenimiento de la supervivencia de amplios contingentes de la humanidad. Con la pandemia, no sólo se pierde la perspectiva sobre el futuro, sino que la salud y la vida son puestas en predicamento al ser las condiciones primeras y últimas de las sociedades humanas y del capitalismo.

Bajo las premisas de la inevitabilidad de las certezas y la interpretación y conocimiento para el dominio de la naturaleza, se gestó un

discurso que consiente y legitima la devastación y catástrofe ambiental y la creencia infundada de que el *Homo sapiens* no es parte consustancial de la naturaleza, sino que tiende a configurar ecosistemas autónomos, distantes de la biosfera, en tanto objeto a disposición del ser humano y de sus preferencias, necesidades y deseos ilimitados. Esta racionalidad ilimitada fue llevada a su más acabada expresión ideológica por la teoría económica neoclásica. Más aún, con este supuesto empirista, se omitió el látigo de la vulnerabilidad y el hecho constatable de que los virus, las bacterias, las epidemias y su devastación, son parte consustancial de la convivencia, interconectividad e historia de las sociedades humanas, y no meras calamidades o accidentes efímeros y espontáneos.

La ilusión del progreso entrañó la necesidad de domesticar y combatir la enfermedad para garantizar la salud y postergar la vida del individuo. Por ende, la ciencia médica y el hospital secularizado alimentaron esa ilusión en aras de cultivar la predicción y la previsión, y de contener los riesgos de la explotación capitalista. El Estado de bienestar ideado en Europa a finales del siglo XIX se gestó no sólo para otorgar prestaciones sociales, sino para canalizar el control sobre la enfermedad y la vulnerabilidad; no obstante, este poder de la ciencia médica no fue neutral. Ivan Illich¹ hablaba de la expropiación de la salud y de la iatrogenesis tras la entronización de la némesis médica.

Con la pandemia contemporánea, esa misma certeza en torno a la domesticación de la enfermedad es puesta en entredicho. La misma crisis civilizatoria suscitada con el agotamiento de la razón moderna europea, es magnificada —una vez más en la historia del último siglo— con los predicamentos a que se expone la salud y la vida.

Ante la vulnerabilidad, el humano emerge como un ser finito, frágil y diminuto, invadido por el miedo, el pánico y la sensación de muerte. La posibilidad de una sexta extinción protagonizada por la eventual desaparición de la especie

humana se cierne ante el colapso climático, la depredación de la naturaleza y el riesgo de cada vez más recurrentes epidemias. Hechos sanitarios éstos que no son una maldición o una calamidad divina o natural, sino una construcción social e histórica.

Como en el grabado de Francisco de Goya (1746-1828), titulado *El sueño de la razón produce monstruos* (1799), el progreso es una ilusión que bifurca el firmamento de la historia humana, y que coloca ante nuestros ojos peligros que lapidan toda posibilidad de realización y perfeccionamiento. Más aún, en su *Ein deutsches Requiem* (*Un réquiem alemán*) (1868), Johannes Brahms (1833-1897) sentenció —señalando hace 150 años la paradoja del progreso— «ahí está el hombre: es

El progreso es una ilusión que bifurca el firmamento de la historia humana, y que coloca ante nuestros ojos peligros que lapidan toda posibilidad de realización y perfeccionamiento. Francisco de Goya, *El sueño de la razón produce monstruos* (1799).



¹ Ivan Illich, «Némesis médica. La expropiación de la salud», Madrid, Barral, 1975.

tan sólo un soplo, pasa lo mismo que una sombra; se inquieta por cosas fugaces y atesora sin saber para quién».

Una crisis epidemiológica global que se enterevera con la crisis sistémica ecosocietal del capitalismo

La irradiación territorial de la epidemia se presenta en un escenario de *sociedad de riesgo global* (término éste introducido por Beck, 1999) y de mayor exposición de los espacios locales a la gravitación de los irrestrictos flujos globales. La transcontinentalización de las relaciones sociales no es un proceso terso, sino expuesto al *vértigo de la incertidumbre* y a la redefinición de las potestades de los Estados en torno a las decisiones públicas y a la solución de los problemas sociales más acuciantes.

El dislocamiento o desanclaje entre el poder y la praxis política (Estado), conduce a una diseminación del primero en distintas escalas territoriales y entre múltiples actores y agentes —sean empresariales, financieros, nacionales y transnacionales— que contribuyen a la construcción de las hegemonías y las redes de poder.² Esta escisión se muestra frontalmente con la cooptación, *ausencias y postración del Estado* y que orienta sus funciones estratégicas a la armonización, homogeneización, estandarización, coordinación, sincronización y transnacionalización de las políticas públicas con el fin de desplegar la gestión, regulación y facilitación de los flujos globales; mientras que evidencia una capacidad y operatividad acotadas —erosionadas o nulas en el caso de algunas sociedades subdesarrolladas— para modelarlos o contenerlos, y para satisfacer las necesidades básicas de la población mediante las redes de seguridad social y las políticas redistributivas.

De esta forma, globalización, riesgo y pandemia, conforman una trinidad indisoluble que impacta de manera diferenciada en las sociedades

nacionales según la solidez o debilidad de sus entramados institucionales. Esto es, la alta densidad de flujos (de mercancías, dinero, inversiones, capitales financieros especulativos, símbolos, información y, sobre todo, de personas) e intercambios simultáneos de distinto tipo a lo largo y ancho del mundo, no sólo torna porosas las fronteras, sino que los individuos y las comunidades se exponen a fenómenos sanitarios inéditos que no emergieron en sus propios espacios locales, sino a miles de kilómetros de distancia. Esta re-territorialización de las relaciones sociales entraña la interconectividad, el carácter irrestricto y la celeridad de estos flujos; al tiempo que tienen como epicentro a las ciudades globales y a las regiones megalopolitanas, dotadas de una amplia densidad poblacional. Estos centros urbanos, a su vez, son atravesados por las extremas desigualdades sociales (que se traducen en la exclusión respecto a servicios básicos como la salud) y la mayor exposición a la contaminación atmosférica y a las partículas tóxicas suspendidas en el aire (relacionado ello con la génesis de enfermedades respiratorias). No menos importantes son el turismo y la movilidad humana transcontinental como parte de estos flujos globales que marchan a la par de riesgos como la transmisión de virus y bacterias.

Son precisamente las megaciudades —con su densidad de flujos y con la profundidad que alcanza el patrón de producción, mercantilización, consumo y ocupación territorial— el caldo de cultivo propicio para la emergencia de crisis sanitarias. Las regiones urbanas son las escalas territoriales que más resienten los estragos de los efectos sociales y ambientales negativos del capitalismo global.

La celeridad del estilo de vida urbano de las últimas décadas trascendió el patrón de producción y consumo alimentario y, con ello, los equilibrios básicos de los ecosistemas. La ganadería intensiva, con sus granjas industriales para la engorda y crianza masiva de cerdos, vacas, peces, pavos y pollos, echa mano del uso indiscriminado de antibióticos y antivirales para evitar sus enfermedades y para su inducido crecimiento e inmediata comercialización. El encierro, el hacinamiento, la inmunodepresión y la exposición a pesticidas, experimentados por esos animales, conduce a que esas granjas industriales contribuyan a que los virus muten y se reproduzcan aceleradamente, y de allí transitan al organismo humano (un esclarecedor estudio es ofrecido por Rob Wallace, 2016). A su vez, la agroindustria alimentaria y la ganadería intensiva arrojan al ambiente más de la mitad de los gases de efecto invernadero.³ Este calentamiento global —lo que oficialmente se denomina como cambio climático, pero que nosotros llamamos colapso climático— propicia la masiva migración de especies y, con ello, una mayor propagación de los virus portados por

² Véase Isaac Enríquez Pérez, «México 2018: escenarios posibles, proyecto de nación, estrategias de desarrollo y crisis de Estado», *Observatorio del Desarrollo. Investigación, Reflexión y Análisis*, vol. 7, núm. 19, 2018, pp. 26-35.

³ GRAIN e Institute for Agriculture and Trade Policy, *Emisiones imposibles: cómo están calentando el planeta las grandes empresas de carne y lácteos*, Madrid, GRAIN, 2018, p. 28.

animales silvestres. Sin embargo, la expansión de la frontera agropecuaria es sólo el comienzo de la génesis de las enfermedades zoonóticas —cuyos virus y bacterias, al mutar y adaptarse, mudan de los animales silvestres o domésticos al *Homo sapiens* tras contagiarlo. Cabe acotar que —durante las últimas décadas— aparecieron otras enfermedades zoonóticas que precipitaron epidemias; pensemos en el Virus de Inmunodeficiencia Humana (VIH), la gripe aviar, el ébola, la fiebre porcina (sutilmente llamada influenza A (H1N1)), la fiebre del Valle del Rift, el virus del Nilo Occidental, el chikungunya y el virus del Zika.

Esta migración de los virus entre especies también tiene su origen en la deforestación; la contaminación del aire, agua y suelos; el tráfico y comercio ilegal de especies silvestres; la expansión territorial de especies silvestres invasoras tras destruirse y fragmentarse sus hábitats naturales; la extracción de metales preciosos como el oro; los monocultivos en la agroindustria intensiva; y, en general, en buena parte de las actividades extractivistas, que contribuyen a la pérdida de biodiversidad y al colapso climático. Destaca también el consumo de alimentos de origen animal (silvestre, principalmente) que no son cocinados o se ingieren crudos.

Por su parte —aunque no por ello se garantiza su eco—, el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), reconoce que la destrucción, urbanización y el desplazamiento de las fronteras de los hábitats silvestres de los animales por efecto de la acción humana, conduce a que los agentes patógenos sean transmitidos de manera acelerada a los ganados y poblaciones humanas, y a que las mismas enfermedades experimenten la aceleración de su diversificación y de sus procesos evolutivos.⁴

El debilitamiento del sistema inmunológico y la mayor exposición de los humanos ante los virus se relacionan también con el uso de agroquímicos nocivos (pesticidas, herbicidas, plaguicidas, insecticidas, etcétera) en el cultivo de alimentos consumidos por las familias. El glifosato es un herbicida tóxico que debilita el sistema inmunitario y, por su uso generalizado en la agricultura, la jardinería y la silvicultura, penetra el suelo, el agua y los cultivos, que enferma a los humanos y a otros organismos vivos fundamentales para los equilibrios ambientales y las cadenas alimenticias (un estudio compilatorio sobre este compuesto industrial es el de Martín Rossi, publicado en 2020). Al debilitarse el sistema inmunitario con este tipo de compuestos químicos, las defensas del ser humano son mínimas ante patógenos como el coronavirus SARS-CoV-2 y mayor su propensión a contraer infecciones y enfermedades múltiples.

Analizado lo anterior, cabe anotar que la pandemia de la COVID-19 no es únicamente una crisis epidemiológica en sí misma, sino que

representa los síntomas de una crisis sistémica de alcances civilizatorios que hunde sus raíces en el colapso climático y en un intensivo patrón de producción y consumo altamente extractivista y depredador de la naturaleza. Es un hecho social total que resignifica un cambio de ciclo histórico de alcances globales. Esta transformación no representa el fin del capitalismo ni del *fundamentalismo de mercado*. Es, ante todo, un cambio social de enormes magnitudes que exagera el fin de las certezas, la metástasis crónica de la fe ciega en el progreso y la creencia del ser humano en el control irrestricto de la naturaleza. La fragilidad y la vulnerabilidad evidencian que el ser humano no aprende a convivir con la incertidumbre, y ésta —a su vez— dinamita el conjunto de las relaciones sociales y la manera en que se pretende resolver los problemas públicos. Lo predecible se desvanece, al tiempo que asalta la razón y pulsa emociones primitivas como el miedo y el pánico.

A su vez, la pandemia originada por el coronavirus SARS-CoV-2 es —o se entrecruza o traslapa con— una crisis ecológico/sanitaria, fruto del estilo de vida regido por el consumismo desmedido, el *individualismo hedonista*, el crecimiento ilimitado y la subsunción de la naturaleza al imperativo de la acumulación de capital. Es, o mejor dicho, le antecede una crisis económico/financiera de larga duración que tiene sus raíces en la retracción de la acción colectiva estatal y en la ausencia de sólidos mecanismos de regulación del mercado. Es, o mejor dicho, radicaliza una crisis política al acentuarse la erosión de la confianza, el consentimiento y la legitimidad del Estado como macroestructura institucional capaz de resolver los problemas públicos y de garantizar los derechos sociales. Esta crisis política se remonta a la disolución del pacto social de la posguerra entre el Estado, el capital y la fuerza de trabajo organizada, y que supone *el fin de la sociedad salarial* y lo que Massimo Gaggi y Edoardo Narduzzi⁵ denominan como el fin de la clase media y el nacimiento de la sociedad de bajo coste.

⁴ Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, *UNEP Frontiers 2016 Report: Emerging Issues of Environmental Concern*, Nairobi, Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, 2016.

⁵ Massimo Gaggi y Edoardo Narduzzi, *El fin de la clase media y el nacimiento de la sociedad de bajo coste*, Madrid, Lengua de Trapo, 2006.

El tratamiento mediático de la pandemia conlleva que la crisis epidemiológica justifique un inducido desempleo masivo y los despidos injustificados de las empresas tras argumentar su bancarrota a causa del confinamiento.

Es, a su vez, una crisis geopolítica, de la cual emergerá un nuevo (des)orden mundial y se reacomodarán las hegemonías en las relaciones económicas y políticas internacionales. Una crisis que comienza a gestar —a partir de la convenida tripolaridad protagonizada por China, Estados Unidos y Rusia— nuevos repartos en la geoestrategia del poder mundial, tras dilatarse sus conflictos y contradicciones y al evidenciarse el agotamiento de la institucionalidad y de los esfuerzos de cooperación internacional emanados de la segunda posguerra.

En suma, se trata de un cambio de ciclo histórico dado por el reacomodo de los poderes fácticos para afianzar —sin alejarse del *mantra del fundamentalismo de mercado*— una nueva modalidad de Estado sobre endeudado —que transfiere presupuestos públicos a manos privadas—, proclive al neoaislacionismo y al nativismo, y regido por el higienismo y la biovigilancia; así como un renovado patrón de acumulación fundamentado en la inteligencia artificial, las tecnologías de la información y la comunicación (el internet 5G y la nube), la robotización, con profundos impactos en el campo laboral; y una reconfiguración de la geopolítica, la geoeconomía y la división global del trabajo.

La pandemia, particularmente la *gran reclusión*, magnificó las condiciones para el despido masivo de trabajadores manuales y operativos del sector servicios, al tiempo que el falso confort del teletrabajo o del *home office* se revertirá —tarde o temprano— en la mayor precarización de los trabajadores del conocimiento y de los servicios especializados.

En Estados Unidos, entre marzo y finales de mayo, se acumularon 45 millones de desempleados; en tanto que en la Unión Europea se calcula que 59 millones de puestos de trabajo se podrían perder a lo largo de 2020; por su parte, México ronda, hacia finales de mayo y con 60 por ciento

de la población económicamente activa en la informalidad, 1 millón 200 mil despidos. A escala mundial se alcanzó la cifra de 300 millones de desempleados (122 millones en el caso de la India) durante los mismos meses; de ahí que aumente la angustia y la ansiedad en las poblaciones ante el riesgo explícito de que el virus infeccioso del desempleo y la precariedad laboral sean más nocivos que la pandemia, puesto que ello exacerbaría la exclusión social, la desigualdad económica y las posibilidades de hambruna.

El parón de la actividad económica, la ruptura temporal de las cadenas globales de valor y suministro, y el confinamiento que reduce la demanda de los consumidores agravan la crisis económico/financiera; al tiempo que debilita la posición de la clase trabajadora en el campo laboral. Sin embargo, cabe acotar que la crisis de la economía mundial no tuvo su génesis en la propagación del minúsculo patógeno del coronavirus SARS-CoV-2 que le da forma a la pandemia, sino que aquella incubaba los gérmenes de sus propias contradicciones desde, al menos, la década de 1970 en lo que sería una crisis estructural de larga duración, y —particularmente— desde el *crack* financiero/bancario/inmobiliario de 2008 y 2009 y la desaceleración económica mundial de los últimos años.

No menos importante entre los factores explicativos es el proceso de cambio del patrón energético, que supone —con las resistencias mostradas por la industria del petróleo— la transición de la *economía fosilizada* al negocio de las energías alternativas; así como la intensificación de la financiarización, las contradicciones de la «economía de casino» y la irrestricta hiperspeculación algorítmica controlada por computadoras programadas previamente.

Las transformaciones en el mundo del trabajo que se aceleran con la pandemia, hunden sus raíces en la transición organizacional y tecnológica que se configura con la automatización de la producción y de los servicios, en aras de minimizar los costes de las empresas. Actividades económicas como la producción manufacturera, la contabilidad y la nómina, la captura de datos, el periodismo y las labores informativas, la abogacía, los servicios de la banca comercial, los restaurantes y los supermercados, los servicios de transporte, los agentes de ventas, la medicina, la odontología y las cirugías, y otros oficios y profesiones, incorporan en sus procesos robots autónomos, inteligencia artificial, algoritmos programados, realidad virtual, análisis de *big data*, almacenamiento en nubes digitales, y tecnología 5G aplicada al internet móvil de alta velocidad. La destrucción de puestos de trabajo y la cancelación de funciones laborales es la constante de estos cambios y, a la fecha, afecta a los trabajadores manuales o de oficina, y con limitadas cualificaciones que realizan labores repetitivas, rutinarias y carentes de creatividad e innovación orientadas a la creación de alto valor.

Este fenómeno del desempleo tecnológico detonará —ya lo hace ahora mismo— conflictos y convulsiones sociales a lo largo del siglo

XXI. Algunos estudios indican desde años atrás que el campo laboral —durante las siguientes décadas— experimentará transformaciones que expondrán a mayores riesgos a las familias e individuos. Algunos estudios proyectan que para el año 2033, Estados Unidos verá suprimidos 47 por ciento de los puestos de trabajo como consecuencia de la automatización del proceso económico.⁶ Por su parte, el Foro Económico Mundial, celebrado en Davos, editó el *The future of jobs report 2018*, de sus análisis se desprende que la automatización desaparecerá —para el año 2025— 75 millones de empleos tradicionales. Paralelamente, serán creadas 133 millones de nuevas funciones laborales a realizar por trabajadores provistos de una mayor especialización; lo cual supondría la formación de nuevas habilidades para laborar en rubros como la inteligencia social, el diseño, la programación de *software*, el análisis de datos y el ejercicio del pensamiento crítico. Finalmente, otro estudio realizado por el McKinsey Global Institute,⁷ creó un escenario prospectivo en el cual señala que entre 400 y 800 millones de personas serán cesadas de sus empleos hacia el año 2030; en tanto que alrededor de 375 millones de habitantes no encontrarán puestos de trabajo al no contar con habilidades y capacitación suficientes y acordes a las nuevas actividades económicas.

Lo anterior significa que la profundización de esta crisis económico/financiera global y de sus efectos sociales negativos, acelerados —que no creados— por la pandemia de la COVID-19, se manifestarán en el mayor precariado y en la destrucción masiva de empleos, con el fin de transitar a un renovado patrón de acumulación que tornará prescindibles a vastos contingentes de la clase trabajadora; específicamente de aquella dedicada al *hacer y mover cosas*. La tormenta perfecta se completa con la magnificación mediática y apocalíptica de un fenómeno sanitario para —con ello— crear las condiciones para sembrar el miedo, el pánico, la ansiedad, la angustia, las actitudes individualistas, la desactivación de la acción colectiva, y hasta la indiferencia de los ciudadanos ante el advenimiento de transformaciones profundas.

A grandes rasgos, esta *crisis sistémica y ecosocial* derivada del capitaloceno (concepto introducido por Jason W. Moore), en tanto inédita era planetaria signada por el control y dominación global de la especie humana sobre la naturaleza, a partir del *individualismo hedonista*, el extractivismo y despojo, la cosificación, la mercantilización, la *civilización del desperdicio* y la obsolescencia tecnológica programada. De ahí que se presente un primer conflicto: aquel protagonizado entre el patrón de acumulación depredador y la vida humana y no humana, regido no por el crecimiento económico ilimitado, sino por los estructurales límites del crecimiento.

⁶ Carl Benedikt Frey y Michael A. Osborne, *The future of employment: how susceptible are jobs to computerisation?*, Oxford, University of Oxford, 2013.

⁷ McKinsey Global Institute, *Jobs lost, jobs gained: Workforce transitions in a time of automation*, Nueva York, McKinsey & Company, Inc., 2017.

La pandemia de la desigualdad, el clasismo y la postración del Estado

Si bien la pandemia no gestó la crisis económico/financiera en ciernes, sí tiende a desbordar la larga crisis estructural del capitalismo. Particularmente, la *gran reclusión* acentuó las desigualdades sociales y discriminaciones, sean étnicas, de género o de preferencia sexual, de clase social, o de credo religioso. La misma dialéctica desarrollo/subdesarrollo acentúa sus contradicciones no sólo en el Sur del mundo, sino en el mismo cenit de la civilización capitalista. Y ello se relaciona con el hecho de que la pandemia radicaliza —mas no encubre ni provoca— la dominación, y ésta se extiende —como en los últimos 200 años— a través del capitalismo y sus mecanismos de explotación: las violencias —sean de Estado o criminal—, la desigualdad social extrema, el neocolonialismo y la dependencia (las asimétricas y estratificadas relaciones económicas y políticas internacionales), el patriarcado que victimiza a ambos géneros, así como la apropiación y depredación de la naturaleza y de la vida no humana.

Hasta allí, parece que no existe nada nuevo bajo el sol; sin embargo, lo inédito de la pandemia como hecho social total es la fragilidad, la vulnerabilidad y el carácter diminuto y efímero del ser humano que naufraga en un mar de innovaciones que configuran una *tecnosfera* —incluso aplicada a la medicina y al cuidado de la salud— dotada de estructuras organizacionales en red, pero en tensión constante con las identidades locales y con las instituciones y la vida pública socavada por la *economía de la precariedad*. En esta *era de la incertidumbre* —que genera una *confusión epocal* y una ansiedad por lo impredecible— se gesta un *malestar en la política y con la política* como consecuencia de las *ausencias y postración del Estado*. Esto es, se presenta una paradoja (des)civilizatoria ante las posibilidades y capacidades epistémico/cognitivas científicas, tecnológicas y materiales al alcance de la humanidad, y las limitaciones en ámbitos como la voluntad política de los Estados y la cooperación internacional para orientar las decisiones a la materialización de ello. De ahí que sea posible argumentar que no es un



Lo inédito de la pandemia como hecho social total es la fragilidad, la vulnerabilidad y el carácter diminuto y efímero del ser humano que naufraga en un mar de innovaciones.

problema de escasez — como lo aventuraría fantásticamente y con arrogancia autista la teoría económica convencional—, sino que es un fenómeno propio de las relaciones de poder y la estructura de riqueza regidas por la desigualdad y la estratificación social. En este escenario, las enfermedades y las epidemias en las sociedades capitalistas son expresión de la misma concentración de la riqueza, de las asimetrías de poder y de desigualdad social.

Que en medio de la pandemia 3 mil millones de seres humanos no cuenten con algo tan básico como agua y jabón, ni con las instalaciones necesarias para el lavado de manos⁸ (UNICEF y OMS, 2019) en los cinturones de miseria, en las villas y favelas de las regiones megalopolitanas; o que en el mundo subdesarrollado rebroten epidemias olvidadas como el sarampión y el dengue, es evidencia de esa extrema desigualdad y de la estratificada y clasista estructura de poder y riqueza.

Con la pandemia de la COVID-19, las defunciones representan muertos de la pobreza, la desigualdad, la discriminación y la exclusión social. A ello contribuyó, a lo largo de las últimas cuatro

décadas, el mantra de la disciplina y austeridad fiscal. El credo del mercado autorregulado encauzó decisiones públicas para dismantelar y rezagar a los sistemas sanitarios. Para ilustrar este hecho, cabe referir que en Italia se cancelaron —durante la última década— 70 mil camas de hospital, se redujo el gasto en salud por debajo de los promedios europeos, y fueron abandonadas las pequeñas clínicas familiares orientadas a la prevención de enfermedades.⁹ En España —que junto con Italia son de las naciones europeas más afectadas por la pandemia—, en un ejercicio de *privatización de facto*, la participación privada en los servicios de salud alcanzó 30 por ciento, en tanto que, a inicios de 2020, fueron cesados 18 mil 320 trabajadores sanitarios, y aquellos que conservaron su empleo en la sanidad pública fueron sometidos a la precariedad en sus condiciones laborales.¹⁰

Más aún, el conjunto de la Unión Europea experimentó una reducción de las camas de hospital. De 574 camas de hospital por cada 100 mil habitantes, disponible en 2006, para 2017 el promedio

⁸ United Nations International Children's Emergency Fund y World Health Organization, *Progress on household drinking water, sanitation and hygiene 2000-2017. Special focus on inequalities*, Nueva York, United Nations International Children's Emergency Fund y World Health Organization, 2019.

⁹ *La Repubblica*, «Coronavirus, lo studio: in un decennio 37 miliardi in meno alla sanità italiana», *La Repubblica*, Roma, 5 de marzo de 2020.

¹⁰ *Público*, «La Sanidad pierde 18.320 profesionales en plena crisis del coronavirus», *Público*, Madrid, 3 de marzo de 2020.

europeo cayó a 504 y, en el caso de Italia, a 318 por cada 100 mil habitantes. El caso extremo lo representa Estados Unidos que ni con el llamado Obamacare logró frenar el abandono de la sanidad pública, especialmente en las regiones rurales y en las residencias o asilos de ancianos. Si un ciudadano estadounidense recurre a los servicios de salud privados estará obligado a pagar 40 mil dólares semanales por una cama de hospital. La misma industria farmacéutica estadounidense cambió sus prioridades en cuanto a sus inversiones: debido a las bajas ganancias, se desatendió la investigación básica para la innovación en nuevos antibióticos y antivirales.

México, por su parte, cuenta —por obra de la corrupción, la deshonestidad voraz de los funcionarios sanitarios y el uso patrimonialista de lo público— con un sistema de salud desbordado y colapsado en sus capacidades, cobertura, eficiencia y calidad. También con una *privatización de facto* a cuestras, los derechohabientes recurren a la sanidad privada ante el burocratismo, la insuficiencia de medicamentos, la insuficiente inversión pública, y la negligencia médica en numerosas clínicas y hospitales. Un botón de muestra de lo anterior es lo siguiente: para el año 2000, se contaba —tanto en hospitales públicos como privados— con 1.8 camas por cada mil habitantes; para el año 2017 el indicador se redujo a 1.4 camas por cada mil, y para el año 2019 se precipitó a una cama por cada mil habitantes. Distante de las 4.7 camas por cada mil habitantes que promedian los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). En tanto que, hacia 2019, mientras los países miembros de la OCDE promediaron 3.5 médicos por cada mil habitantes, México sólo cuenta con 2.6. Lo anterior sin mencionar el déficit de especialistas médicos dotados de capacidades para atender el padecimiento de la COVID-19. De más está ahondar que con esas insuficiencias, el sistema sanitario mexicano colapsaría ante el aumento de personas infectadas y en situación crítica.

Tenemos que la *crisis sistémica y ecosocietal* es también una erosión de la fe en el Estado por parte de los ciudadanos al desvanecerse la

confianza, el consentimiento y la legitimidad en sus instituciones y en sus mecanismos para la resolución de los problemas sociales apremiantes. El *fundamentalismo de mercado* vació a la salud como derecho social y la entronizó en el rango de servicio para el negocio privado. La pandemia, con la celeridad, masividad y su carácter impredecible, está arraigando una crisis de legitimidad en los Estados al tornarse ausentes, incapaces y lentos en sus reacciones para enfrentar la emergencia sanitaria.

La pandemia como dispositivo biopolítico para el control de las mentes y los cuerpos: la emergencia del Estado sanitizante en la era post-factual

Agotado —a lo largo de cinco décadas— el credo del liberalismo y socavados sus mecanismos de consentimiento, legitimidad e intermediación entre la sociedad y el Estado, la ideología de la democratización no resolvió las contradicciones de las sociedades contemporáneas. Las premeditadas *ausencias y postración del Estado* no hicieron más que ensanchar la pérdida de credibilidad y confianza en sus instituciones.

La fabricación de enemigos imaginarios es crucial para el Estado capitalista y sus pretensiones de legitimidad ante la ciudadanía. Durante buena parte del siglo XX, el comunismo fue el fantasma que justificó el expansionismo e intervencionismo estadounidense (el macartismo y sus réplicas de este país). Agrietado este discurso, hacia la década de 1970, comenzó a hablarse de la «lucha contra las drogas», y en los 1980 el narcotráfico era concebido como un problema de seguridad nacional para Estados Unidos. Con el ataque a las Torres Gemelas en septiembre de 2001, el terrorismo entró en escena como nuevo enemigo imaginario que justificó la intervención militar y las estrategias securitarias.

La necesidad de un Estado hobbesiano es una constante en la historia de los últimos 400 años. Los riesgos de daño a la integridad física o la pérdida de la vida justifican la posibilidad de un Estado fuerte en sus funciones intrusivas, capaz de proteger a los individuos ante los peligros y la destrucción que les asedia.

En un escenario de pandemia, la humanidad no está exenta de esa urgencia de los ciudadanos. Y que ante ello, los Estados pretendan resarcir su legitimidad cuestionada, evitando el retorno del caos y del *Estado de naturaleza*. Entonces, el deseo de seguridad y protección se impone al mismo derecho ciudadano de la libertad, ante la posibilidad de una muerte repentina. En todo ello, juega un papel crucial el miedo y la sensación de pánico. El miedo es, entonces, un pilar fundamental de la legitimidad, pues hace aflorar un instinto de conservación que conduce a los ciudadanos a ceder libertades y potestades al Estado.

La inoculación del miedo y la invasión del pánico entre los ciudadanos es una constante en la vorágine del apocalipsis mediático de la pandemia. De ahí la relevancia de la *industria mediática de la mentira* que, con su manejo faccioso, monotemático, descontextualizado y unidimensional de la crisis epidemiológica, se erige en una *industria del pánico global*.

Los medios masivos de difusión tradicionales y la *plaza pública digital* se encargan de edificar un *ciberleviatán* (concepto éste introducido por José María Lassalle, 2019) a partir de la pulsión de las emociones primitivas de los ciudadanos, hasta instaurar un discurso apocalíptico e inmovilizador que justifique *la gran reclusión* y la posible instauración de un *régimen bio/sanitario/tecnológico/totalitario consentido*. Bajo el supuesto de «evitar el contagio y salvar vidas», el coronavirus es erigido como el nuevo «enemigo común» y externo a la humanidad, del cual es preciso defenderse para sobrevivir.

De ahí la importancia de una narrativa belicista que, en aras de la protección y el alejamiento de la muerte, inaugura *la distopía de la sociedad de control biototalitario*. Esta narrativa, afianzada a través del *panóptico digital*, tiene como caldo de cultivo la atomización social, el *individualismo hedonista*, la indiferencia y el *síndrome de la desconfianza*. El dispositivo de control social e inmovilización política en el contexto de la pandemia funciona así: a través de la instauración del miedo masivo, se inocula un virus de la desinformación —lo que podemos denominar como *desinfodemia*— y de la *tergiversación semántica* que aprovecha la vulnerabilidad humana y la pérdida de sentido respecto al pasado y la interpretación de la historia. Se magnifica la emergencia sanitaria —se omite, por ejemplo, que anualmente mueren en el mundo 650 mil personas por causas relacionadas con la gripe común, o 9.6 millones de habitantes a causa del cáncer— y sus efectos hasta crear una narrativa apocalíptica que desactiva toda posibilidad de pensar y de análisis razonado. Se trata de un *virus anticognitivo*, diseminado paralelamente a la nueva peste, y que configura significaciones

ancladas a las estructuras de poder, riqueza y dominación a partir de las pulsiones emocionales que se imponen a la razón. Es con ello que adquiere forma la *era post-factual* al entronizar la mentira, el rumor y la resignación, en detrimento de los hechos, la verdad, el conocimiento razonado y la construcción de escenarios futuros alternativos. Movido por los complejos tecnofinancieros, militares y comunicacionales, este discurso perfila la noción de un *Estado biotecnocrático de excepción*, que se asume capaz de proteger a la ciudadanía y de garantizar, a cualquier coste, la preservación de la vida y de la integridad física. Si ello implica el control e inmovilización de los cuerpos, la supresión de libertades, la biovigilancia, y la instauración del etnonacionalismo supremacista, xenófobo y neoaislacionista, todo se justifica en aras de privilegiar un Estado protector de los súbditos.

Si lo anterior supone socavar instituciones y derechos, impera el criterio de alejar el peligro sobre la vida humana. La epidemia de desinformación hace el resto: encubrir, invisibilizar y silenciar la nueva acumulación por desposesión, la centralización del poder, la (re)concentración de la riqueza y otros problemas públicos, hasta tornarlos imperceptibles para los ciudadanos y para el precariado. En especial, se encubre el hecho de que las epidemias no son eventos inesperados, sino construcciones sociohistóricas, resultado de la modalidad de políticas públicas e intervenciones (o ausencias) que un Estado ejerce. El mismo negacionismo es parte consustancial de la *desinfodemia* y la entronización de la post-verdad.

El manejo de la emergencia sanitaria, en el marco de esta narrativa belicista, llevó, al inicio de la pandemia, a varios gobiernos a declarar nociones como «Estado de excepción y toque de queda» (Italia); «Estado de alarma» (España); «Estado de calamidad pública» (Brasil); «Estado excepcional de catástrofe» (Chile). O a asegurar —con tono sensacionalista— que «estamos en guerra, en una guerra sanitaria» (Emmanuel Macron); sin faltar a dicha narrativa, Donald J. Trump sentenció: «Soy un presidente en tiempos de guerra» contra «un enemigo externo e invisible» como el «virus chino». Este *retorno del Leviatán* en medio del apocalipsis mediático, muestra su poder policíaco/represivo y utiliza la tecnología digital para monitorear los desplazamientos de los ciudadanos infectados o sospechosos de contagio a través de aplicaciones de telefonía móvil, sea en China, Israel, Corea del Sur, Singapur, España o Italia.

La pandemia es aprovechada para abrir un escenario en el cual las sociedades golpeadas por el látigo de la crisis sanitaria consentirán la instauración de un Estado fuerte, omnipresente e intrusivo en la intimidad de los ciudadanos. La higiene y la profilaxis adquirirán centralidad en las políticas públicas y en el gasto social, con miras a perfilar, arraigar y expandir un *Estado sanitizante o higienista*, que si bien no resuelve las causas de los problemas del capitalismo contemporáneo, brindará —a través de la *bioseguridad*— aire a la legitimidad

de las estructuras de poder, riqueza y dominación. De ahí la relevancia de la dictadura de la mascarilla, las bases de datos personales centralizadas, los confinamientos forzados o voluntarios, los toques de queda, la inducción oficial irresponsable de migraciones internas de trabajadores pobres como ocurrió en la India, los ejercicios de la ley marcial, la geolocalización, el uso de drones para evitar la movilidad de los ciudadanos por las calles, entre otros dispositivos de control, aislamiento, atomización y distanciamiento social.

A grandes rasgos, la *narrativa bélico/sanitizante* es un dispositivo para la construcción y expansión de las estructuras de poder y para legitimar el nuevo rumbo que adoptará el capitalismo y las decisiones orientadas a su reconfiguración y al afianzamiento de renovadas relaciones económicas y políticas internacionales. Esta narrativa ahistórica pierde de vista que las epidemias y el miedo a la muerte son consustanciales al devenir de la humanidad desde tiempos remotos (basta observar *El triunfo de la muerte*, pintada en 1562 por Pieter Brueghel el Viejo); y que los virus, las bacterias, sus múltiples amenazas e irradiaciones caminan de la mano de las sociedades humanas y de sus distintos flujos e intercambios. Pestes, viruelas, gripes, plagas, y otras enfermedades suscitadas a lo largo de la historia, se cruzaron con las contradicciones de los modos de producción y de los sistemas políticos, y fueron de los factores que marcaron la pauta para redefinir las relaciones sociales. Se omite también —previa ausencia premeditada de análisis— que los virus y otros agentes patógenos microscópicos son indispensables en la capacidad de adaptación y coevolución de los organismos vivos, así como en las posibilidades de equilibrios ambientales y sanitarios. Y se obvía también que lo pernicioso en esta convivencia entre el mar de virus y el ser humano es la lógica depredadora, extractivista y destructiva del capitaloceno que predomina en la contradictoria relación sociedad/naturaleza.

La crisis de sentido y el extravío del pensamiento crítico en el mar de la pandemia

La *crisis de sentido* —que es parte de la generalizada *confusión epocal*— no sólo atañe a la praxis política y a la incapacidad (u omisión intencionada) de las élites del poder para imaginar y (re)crear proyectos y escenarios alternativos de sociedad. Es una crisis que se extiende a las formas de pensar y a las perspectivas, prácticas y hábitos de la misma clase intelectual y académica. Derrubado el *modo de producción estatista con economías centralmente planificadas*, las élites políticas e intelectuales perdieron la brújula y cayeron en la resignación tras el *destierro del pensamiento utópico*.

El pensamiento crítico dentro de las ciencias sociales y las humanidades no es ajeno a ello. Extraviado en sus laberintos y en las falsas disyuntivas —sean ultraliberales, posmodernas, histórico/estructu-

rales, nekeynesianas, o marxistas—, el pensamiento crítico es presa del *fin de las certidumbres* y el azoro en una *era del desconcierto y el desencanto*. Mas ante los efectos macroliminales gestados por fenómenos emergentes que marcan la pauta de las rupturas históricas y de las crisis epistemológicas. Es el caso de la pandemia y de los nuevos cauces que abrirá en la cotidianidad, instituciones y estructuras de las sociedades; así como en las formas de (re)pensar, explicar e interpretar la realidad social y sus contradicciones.

Este *extravío del pensamiento crítico* se evidencia en algunos de sus representantes que, ante las nuevas realidades que se incuban y adquieren forma, recurren a referentes teóricos y político/ideológicos movidos más por un *deber ser* o por una serie de deseos en torno a lo que en sus emociones —mente e ideología— esperan —no sin ingenuidad— ver materializado.

«El coronavirus es un golpe al capitalismo a lo *Kill Bill* que podría reinventar el comunismo a través de la confianza en las personas y en la ciencia»;¹¹ más aún, «el dilema al que nos enfrentamos es: barbarie o alguna forma de comunismo reinventado»;¹² la emergencia —tras el jaque que le impone la naturaleza a la modernidad— de una nueva edad del mundo, la transmodernidad;¹³ «la primera víctima fatal que se cobró la pandemia fue la versión neoliberal del capitalismo (...) la era neoliberal es un cadáver aún insepulto pero imposible de resucitar».¹⁴

Podemos entender la estupefacción, el desconcierto y hasta el desacierto en el que es posible que incurran el pensamiento científico y la misma reflexión desde las humanidades, de cara a hechos, fenómenos y procesos sociales emergentes, y

¹¹ Slavoj Žižek, «Coronavirus is <Kill Bill> esque blow to capitalism and could lead to reinvention of communism», *Russia Today*, 27 de febrero de 2020, en <https://www.rt.com/op-ed/481831-coronavirus-kill-bill-capitalism-communism/>

¹² Slavoj Žižek, *Pandemic! Covid-19 shakes the world*, Cambridge, Polity Press, 2020.

¹³ Enrique Dussel, «Cuando la naturaleza jaquea la orgullosa modernidad», *Council on Hemispheric Affairs*, 3 de abril de 2020, en <http://www.coha.org/cuando-la-naturaleza-jaquea-a-la-orgullosa-modernidad/>

¹⁴ Atilio A. Borón, «La pandemia y el fin de la era neoliberal», *Rebelión*, 1 de abril de 2020, en <https://rebellion.org/la-pandemia-y-el-fin-de-la-era-neoliberal/>

que —al menos de momento— no podemos aprehender y conceptualizar a cabalidad. Y menos se logrará ese propósito si se recurre a conceptos, categorías, sistemas teóricos y supuestos político/ideológicos que tuvieron validez y vigencia para acontecimientos sociohistóricos pasados consolidados en sus manifestaciones empíricas o en las cosmovisiones intelectuales.

Más allá de los buenos deseos, propósitos y aspiraciones ideológicas bien intencionadas de aquellos intelectuales que se erigen como representantes del pensamiento crítico, es urgente —en el contexto histórico actual— que esta tradición, por un lado, se remita a desentrañar la lógica y comportamiento del mundo fenoménico, más que aspirar a seducir a amplias audiencias con supuestos normativos infundados e irrealizables. A su vez, el mismo pensamiento crítico, para preciar de ser tal, tiene que cuestionarse radicalmente (con rigor metodológico y epistemológico) a sí mismo en sus fundamentos, postulados, con-

tribuciones, alcances y limitaciones, en aras de reconocer que corre el riesgo de enfrentarse a la inadecuación histórica y a la petrificación de sus supuestos, escenarios, especulaciones y dogmas. Es necesaria y urgente la autocrítica y la (re)creación incesante y permanente de las ideas y de sus criterios interpretativos, con miras a construir nuevas significaciones para que las sociedades humanas se autorrepresenten teóricamente. La *crisis sistémica y ecosocietal* actual puede abrir esos caminos creativos.

Decíamos que la pandemia se presenta ante nuestra mirada desconcertada y atónita como un hecho social total que cimbra, reconfigura, reestructura y desestructura los cimientos del conjunto de los mundos de la vida, relaciones, instituciones, sistemas y estructuras sociales. Las respuestas, explicaciones, interpretaciones e hipótesis de trabajo que sean esbozadas hoy día de cara a la profundización de la *crisis civilizatoria*, son —mínimamente— atisbos y primeros

Esta narrativa ahistórica pierde de vista que las epidemias y el miedo a la muerte son consustanciales al devenir de la humanidad desde tiempos remotos. Pieter Brueghel, *El triunfo de la muerte* (1562).



acercamientos que pretenden resguardarnos de la incertidumbre. La magnitud y alcances de los acontecimientos contemporáneos es tal que es preciso hacer un ejercicio de modestia y apertura tras reconocer que desbordan, aceleradamente, toda capacidad sistemática y válida de entendimiento, explicación, interpretación y de análisis prospectivo. Es imperativo, entonces, reconocer las cegueras del conocimiento y el carácter falible de las ciencias y las humanidades. Como bien lo esbozó Albert Camus en su obra *La peste*: «No es una cuestión de vocabulario: es una cuestión de tiempo». De tiempo para que los acontecimientos maduren y logremos aprehenderlos a plenitud.

Lo anterior es prioritario si el mismo pensamiento crítico reconoce que el foso de enigmas cavado por nuevos acontecimientos históricos, sistémicos, globales, simultáneos e inciertos, abren la puerta a la perplejidad y eclipsan —en la arena de la vida pública— la capacidad de pensar de manera razonada; y si esta posibilidad se extiende, entonces entra en escena el miedo y el pánico colectivos. Instalado el miedo inmovilizador, el ser humano tiende a buscar respuestas y protección en la religión, en los *mass media*, en la ciencia y —sobre todo— en el Estado.

Cabe puntualizar —en aras de alejarnos del autoengaño— que, en el marco de la *gran reclusión*, son extremadamente limitadas las posibilidades de transformación de la estructura de poder, riqueza y dominación a favor de los excluidos, pues el confinamiento y la desconfianza en «el otro» fortalecen los grilletes propios de la atomización, el *individualismo hedonista*, el adormecimiento de la conciencia y del social-conformismo. Ello, en buena medida, explica y alimenta la entronización de la resignación política e intelectual, catalizada por el pánico, el control bioseguritario y la manipulación emocional.

El otro gran desafío del pensamiento crítico en este contexto histórico signado por la pandemia, está en la *plaza pública digital* y su consustancial *ciberleviatán*. En principio, cabe reconocer que el internet se erige en un escenario más de las relaciones sociales y en un mundo de la vida. Pero como paradoja, se presenta una transmisión y un contagio viral digital con la *desinfodemia* y las noticias falsas (*fake news*) que apelan a pulsar las emociones primitivas de los pasivos huéspedes asintomáticos. El miedo y el pánico, ante la posibilidad de enfermar y morir, reúnen las condiciones propicias para la irradiación global de la *conspiranoia* y la *tergiversación semántica* de la realidad. Odio, resentimiento, desconfianza, escepticismo, escapismo, evasión e incertidumbre se fusionan para erosionar cualquier posibilidad de análisis, razonamiento y crítica, y para darle forma al perfil del *Homo digitalis*.

El gran riesgo para el pensamiento crítico es que en esta *era post-factual*, construida la *plaza pública digital*, la razón se desdibuja en las redes sociodigitales y, entonces, la ideología y sus absurdos, se entronizan disfrazados de falsos argumentos que apelan al instinto y

se fundamentan en creencias y dogmas inmunes a la crítica. La mentira y el engaño eclipsan toda posibilidad de diálogo razonado e instauran invisibles dispositivos de intoxicación y control de la conciencia. La sobresaturación y el sensacionalismo de la (des)información tornan borrosas las fronteras entre lo verdadero (hechos y realidad) y lo falso (ficción y virtualidad). Y en este proceso subyacente a la *industria mediática de la mentira*, la narrativa belicista es crucial para gestar enemigos imaginarios.

Por su parte, los estudios críticos del desarrollo no escapan a estas dinámicas y tendencias intelectuales que absorben al mismo pensamiento crítico. La dialéctica desarrollo/subdesarrollo experimentará transformaciones profundas de cara al cambio de ciclo histórico. El capitalismo cambiará en sus manifestaciones estructurales y organizacionales, así como en la lógica de su patrón tecnológico y energético. Lo mismo ocurrirá con el Estado que, ni de lejos, será keynesiano —como hay quien lo asegura— o desarrollista, sino uno con mayores capacidades intrusivas en la vida cotidiana de los ciudadanos —tal vez con una mayor atención a los cuidados y la salud en aquellas sociedades donde aún hay rescoldos de un Estado de bienestar— y con proclividad hacia el endeudamiento para realizar importantes transferencias de recursos públicos a manos privadas, en un ejercicio de socialización de las pérdidas empresariales y bancarias. El *mantra del fundamentalismo de mercado* no desaparecerá, sino que será compensado con cierto empoderamiento estatal en rubros estratégicos que revivan cierta reindustrialización y cierto control titubeante de la industria farmacéutica. Estas transformaciones en la geometría del capitalismo y del Estado, y que son potenciadas con la pandemia, tendrán también sus manifestaciones territoriales y sus impactos diferenciados en los espacios locales/regionales. Y ello amerita —al margen de las tentaciones etnocéntricas y economicistas— mayor construcción teórica y trabajo empírico en aras de desentrañar las especificidades de los cambios sociohistóricos en ciernes. Reivindicar el *retorno al futuro* y la relevancia

del *pensamiento utópico*, reconociendo los fallos del pensamiento anticipatorio,¹⁵ será una necesidad a atender en los estudios sobre el desarrollo; y para ello será preciso echar mano del pensamiento crítico y de su capacidad para interrogarse a sí mismo.


La pandemia está creando las condiciones para acentuar los mecanismos y dispositivos de acumulación por desposesión; así como la mayor expansión del poder de la gran corporación privada y del sector financiero en detrimento de la clase trabajadora. La misma deuda pública edificará —desde la banca privada transnacional y los mercados financieros— un sistema imperceptible de control y disciplinamiento de los Estados y de sus élites políticas movidas por la racionalidad tecnocrática. Lo será aún más llevado a gran escala, no sólo en la periferia del sistema mundial, sino también en el mismo capitalismo desarrollado. De ahí que los estudios críticos del desarrollo no pierdan el pulso a estos acontecimientos que tenderán a acelerarse en los siguientes años.

En suma, ante la exacerbación del fin de las certezas en las ciencias sociales, los estudios críticos del desarrollo precisan de la investigación interdisciplinaria y de la descolonización del pensamiento para la construcción de conocimiento de cara a los impactos societales de la pandemia. Si bien es relevante que las distorsiones y negacionismos de las élites políticas sean relevados por la voz de epidemiólogos, virólogos, inmunólogos, neumólogos, alergólogos e infectólogos, lo cierto es que no sería viable caer en una *dictadura de la medicina* inducida por los intereses creados y por la industria farmacéutica. De ahí que el pensamiento crítico, los estudios sobre el desarrollo y el conjunto de las ciencias sociales estén obligados a hacer valer su voz para crear resignificaciones e incidir en la *teoría y política de la pandemia*.

Notas finales: mínimas bases para la (re)construcción de un proyecto de nación como respuesta a la crisis de Estado

La *crisis epidemiológica global* coloca ante nuestra mirada la urgencia de pensar y (re)pensar los proyectos de nación en un escenario signado por el socavamiento de las instituciones y la *postración del Estado*. Más porque los efectos sociales, sanitarios y ambientales negativos de la crisis estructural del capitalismo tienden a exacerbarse en las sociedades subdesarrolladas. Si cambiarán las formas de concebir y representar teóricamente al mundo y la nueva naturaleza de sus problemáticas y contradicciones, tendrán que cambiar las formas de *hacer sociedad*, así como de instrumentos de intervención como las políticas públicas.

La intergénesis entre ciencia y sociedad, entre academia y praxis política, tendrá que reinventarse en la *era de la incertidumbre*. Para ello, será importante reconocer que las sociedades exigen certezas, pero que los ritmos y prácticas de la ciencia están anclados al tiempo y al reposo —muchas veces lento— de las ideas. Ello es fundamental para sujetarse al rigor metodológico y para garantizar la validez del nuevo conocimiento, el manejo racional y sistemático de las incertidumbres, y el atemperamiento del carácter falible de las ciencias y las humanidades.

Lo anterior es más urgente en sociedades subdesarrolladas como México que experimentan una *crisis de Estado* dada por las ausencias de las instituciones públicas, «la grieta» y la división social ante las disputas entre los poderes fácticos y los intereses creados, y por el desdibujamiento de un eventual proyecto de nación. Sobre estas sociedades no sólo la pandemia arrecia la tormenta, sino que la adversidad sanitaria se funde con las ancestrales desigualdades, las violencias y los históricos mecanismos de exclusión social. Ojalá que la multidimensional *crisis sistémica y ecosocietal* inaugure los cauces y los senderos para desplegar de manera creativa el ejercicio del *pensamiento utópico*. 

¹⁵ Isaac Enríquez Pérez, «Coronavirus, miedo, crisis del capitalismo y (des)orden mundial», *Working Papers*, núm. 12, mayo de 2020, en <http://www.ceeyp.org/pdf/wp12.pdf>; Isaac Enríquez Pérez, «El miedo al futuro y los fallos del pensamiento anticipatorio», *Cuadernos de Escenarios Prospectivos*, núm. 2, junio de 2020.